

**UNA MIRADA AL PENSAMIENTO DE BERKELEY DESDE LA FICCIÓN**

**SEMINARIO DE GRADO**



**JUAN FELIPE TOBAR ESCOBAR**

**UNIVERSIDAD DEL CAUCA**

**FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES**

**PROGRAMA DE FILOSOFÍA**

**POPAYÁN**

**2020**

**UNA MIRADA AL PENSAMIENTO DE BERKELEY DESDE LA FICCIÓN**



**JUAN FELIPE TOBAR ESCOBAR**

**Trabajo de grado presentado como requisito para optar al título de Filósofo**

**DIRECTOR**

**JORGE ANDRÉS GARCÍA**

**Modalidad seminario**

**UNIVERSIDAD DEL CAUCA**

**FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES**

**PROGRAMA DE FILOSOFÍA**

**POPAYÁN**

**2020**

## Tabla de contenido

Introducción.....	4
1. La ficción.....	8
1.1 La mente divina .....	10
1.2 Negación de Dios .....	14
1.3 La mente humana .....	17
2. El mundo berkeleyano sin Dios desde el cuento <i>Tlön, Uqbar, Orbis Tertius</i> .....	25
2.1 Necesidad de elementos <i>a priori</i> para la objetividad del conocimiento .....	30
3. La ficción y la realidad producto de la mente humana .....	37
Conclusiones.....	39
Referencias .....	41

## Introducción

Las revoluciones científicas que se fueron desarrollando con Bacon y la filosofía natural de Isaac Newton, causaron una nueva visión mecánica y experimental de la naturaleza. Además, la naciente filosofía mecanicista de Descartes con su postulado de una sustancia material, proclamaban una era caracterizada por un pensamiento, que Berkeley lo denominó, materialismo ateo. Locke, heredero de aquellas ideas, desarrolló su filosofía poniendo como base la sustancia material, caracterizada por existir independientemente de un espíritu y por dar sostén a las cualidades que conforman los objetos de la realidad.

La filosofía de Berkeley se desarrolla como una crítica al planteamiento de Locke, más precisamente, a la concepción de existencia de la sustancia material. Según Berkeley las abundantes contradicciones, errores y absurdos producidos por nuestros razonamientos, se han desarrollado gracias a falsos principios del conocimiento, que han generado, como consecuencia, uno de los mayores problemas para el hombre, el escepticismo. Dirá Berkeley que los escépticos confían en la sustancia material y puesto que ésta va más allá de nuestros sentidos y nuestra razón, el entendimiento se produce imperfecto, pues no puede abarcar la objetividad de las cosas, sino sólo lo que nos muestran los sentidos, de ahí que se desprendan los absurdos al tratar de comprender lo que va más allá de nuestra mente imperfecta y limitada.

Berkeley arremete contra el planteamiento de Locke, afirmando que la realidad es posible conocerla de manera objetiva y directa, y no a través de un mediador como es la sustancia material, por lo tanto, ésta última hay que negarla.

La crítica a la materia se desarrolla en tres perspectivas, Berkeley dirá que aquella es incomprensible, fuente de errores, e innecesaria para el conocimiento humano.

En primer lugar, la materia es incomprensible porque no se sabe nada de ella. Los materialistas afirman que aquella es una idea abstracta que sirve para dar soporte a las cualidades, y que a la vez no puede ser ninguna de ellas, pues su finalidad es establecer la esencia y objetividad del conocimiento. Sin embargo, en vista de que la sensibilidad sólo puede captar cualidades, resulta imposible conocer aquel soporte, incluso el mismo Locke es consciente de ello y denomina a la materia como un no sé qué, que da soporte a las cualidades. Berkeley afirma que si no se establece nada sobre la materia, sobre su naturaleza, ni el modo para poder representarla en el entendimiento, entonces no se puede explicar, y resulta absurdo mantenerla para fines del conocimiento.

En segundo lugar, la materia es fuente de errores porque si no se sabe nada de ella, las demostraciones realizadas desde aquel fundamento ininteligible, terminarían en contradicciones o absurdos, como es el hecho de caracterizarla como soporte de cualidades objetivas, cuando ella no tiene los diferentes órganos sensibles para ser percibir las, es decir que no tiene ojos, oídos u otros sentidos para poder apreciar la figura, extensión, color, etc. Además, uno de los errores que según Berkeley resulta ser de los más perniciosos, es la caída en el escepticismo. Si la materia no puede ser definida y caracterizada de una manera sensible, resulta problemático asegurarnos que lo conocido por los sentidos se corresponda con lo que no podemos conocer. Los escépticos dirán que la realidad material es completamente diferente a lo que nuestros sentidos representan.

Y en tercer lugar, la materia es innecesaria porque si bien Berkeley acepta el postulado de Locke consistente en que las cualidades deben residir en una sustancia, no será la material, sino una capaz de percibir sensiblemente. Es ilógico que las cualidades siendo características sensibles residan en una sustancia inerte sin la facultad de percepción, por lo tanto, aquellas sólo pueden residir en una mente o espíritu. Sin embargo no será cualquier espíritu el que pueda dar existencia objetiva a la realidad, no es el hombre como espíritu finito, sino Dios, un espíritu infinito que percibe todo de manera constante. Por lo tanto si no es la materia en donde residen las cualidades sensibles, debe darse por hecho de que la materia no existe, pues a pesar de que existiera, no tiene ninguna función, y es inadmisibles que Dios creara cosas inútiles. Según Berkeley, Locke tenía razón en su teoría de que las cualidades debían asentarse en algo, y en efecto, no pueden existir en la nada, no obstante su problema radica en que las ubicó en una sustancia material fuera de la mente. Las cualidades se asientan en una sustancia pero no material sino espiritual; es Dios quien causa la realidad para que el ser humano la pueda percibir.

Para Berkeley la existencia de la realidad consiste en ser percibida (*esse est percipi*). Los objetos corporales no existen por sí mismos, sino por una mente cuando ésta los percibe: “todos esos cuerpos que componen la poderosa estructura del mundo, carecen de una subsistencia independiente de la mente, y que su ser consiste en ser percibidos o conocidos. [...] Pues sería completamente ininteligible y conllevaría todo el absurdo de una abstracción el atribuir a cualquier parte de esas cosas una existencia independiente de un espíritu” (Berkeley, 1992, pág. 58). Sin embargo, no debe pensarse que los objetos, cuando una mente particular deje de percibirlos, desaparezcan, puesto que nosotros somos apenas un espíritu finito que no puede abarcar la totalidad de los objetos. Nuestra mente es limitada

a la hora de percibir. Tampoco debe entenderse que cualquiera puede manipular la realidad de acuerdo a su voluntad como si la existencia dependiera de un pensamiento deliberado y arbitrario. Esto último solamente quiere decir que se tiene capacidad de imaginación. Pero si no es el hombre quien decide qué ver, oír, tocar..., además de que la existencia no depende su mente finita, entonces quiere decir, que debe haber otro espíritu que las produce, y ese espíritu debe ser infinito que lo perciba todo al mismo tiempo, o sea, Dios.

Es así entonces como el pensamiento de Berkeley se despliega en torno a la crítica de la sustancia material planteada por Locke, con el fin, en primer lugar, de demostrar cuál es la vía para la obtención del conocimiento, y segundo, de defender la religión cristiana decadente en la época moderna. A grandes rasgos, se puede afirmar que los argumentos del *Tratado sobre los principios del conocimiento humano*, se encuentran al servicio del teísmo cristiano.

Ahora bien, en vista de que Berkeley realiza una reinterpretación de la mente como una sustancia capaz de crear la realidad, en este trabajo abordaré su teoría del conocimiento desde la perspectiva de la ficción, tratando de demostrar que su planteamiento tiende a la contradicción. Cabe resaltar que la pregunta en la que se desarrolla la idea general del texto consiste en analizar ¿por qué en la obra de Berkeley no es posible que el mundo y el ser humano no sean una invención de Dios? De esta manera el trabajo desarrollará en un primer momento un análisis del sentido que Berkeley le da a la percepción de Dios y del hombre con el concepto de ficción; posteriormente se darán argumentos por los cuales Dios resulta impotente a la hora de crear la realidad; y finalmente se realizará una reinterpretación del mundo berkeleyano sin Dios, desde el cuento *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius* de Jorge Luis Borges.

## 1. La ficción

Uno de los puntos centrales en la filosofía de Berkeley es su planteamiento sobre la percepción. La frase *esse est percipi* (ser es ser percibido), nos indica la capacidad que tiene un espíritu para dar existencia a la realidad. Es así como el empirismo en Berkeley es llevado a ciertos extremos, rechazando al ser que se encuentre fuera de la mente y asumiendo la postura de que hay una mente divina que está creando la realidad constantemente gracias a su percepción eterna. Y es que, hay que tener en cuenta que la percepción en Berkeley es muy diferente a la concepción que se tiene por ejemplo en Locke, pues en este último es considerada como una aprehensión de la realidad exterior, y por lo tanto como una facultad pasiva del entendimiento. En Berkeley sucede que la percepción no es simplemente aprehensión de la realidad, sino creadora de la misma. De ahí que se afirme que los espíritus por su capacidad de percibir, son activos, pues crean la realidad.

Esto visto desde la perspectiva de la ficción, nos daremos cuenta que la realidad planteada por Berkeley es una ficción, sin embargo, no por ello falsa. Miremos en un primer momento el concepto de ficción y su relación con la capacidad de la mente que Berkeley le da al hombre.

Los estudiosos de este concepto nos afirman que la ficción es una construcción mental que tiene realidad; así por ejemplo Jesús G. Maestro la denomina como “una realidad impotente, es decir, una materialidad que carece de existencia operatoria” (Maestro, 2006, pág. 96); o por otro lado, vista desde la perspectiva estética, Étienne Souriau la define como “la existencia en un universo distinto de nuestro universo material, y virtualmente



implicado en un acto real de representación mental que tiene lugar en nuestro universo” (Souriau, 1998, pág. 579).

Es de gran relevancia, resaltar que la ficción no es una copia o mimesis de la realidad. Considerar la construcción ficticia como una copia, es un problema que según Maestro se lo debemos a Aristóteles en su *Poética*. Para Maestro, Aristóteles incurre en una equivocación al asumir la ficción desde un punto de vista epistemológico, pues con ello se acepta necesariamente la dicotomía verdad – falsedad, lo cual no es más que decir que la ficción es falsa porque copia o mimetiza la realidad. Según Aristóteles, la ficción es el arte que imita (Aristóteles, 1992), sin embargo su definición es muy problemática porque se da por hecho la existencia de una realidad inmutable y apriorística, en la cual el hombre se limitaría únicamente a describirla, no sólo desde una posición artística sino incluso desde la ciencia, lo cual negaría la capacidad del hombre de construir su mundo. Sin embargo, a pesar de que la ficción no es una mimesis de la realidad, tampoco podemos afirmar que existe con independencia del mundo real, sino que es una construcción donde su autor la realiza con materiales reales de su mundo. Existe en la realidad y por ello cobra un sentido.

Y en efecto, si ponemos un ejemplo literario como Don Quijote, su existencia dentro de la obra literaria tiene la capacidad de afectar de una manera física, psicológica y sin ningún intermediario a los personajes de ese mundo interno, sin embargo en nuestro plano de realidad no se comporta sino como un ser estructural con una existencia operatoria nula, es decir que no puede existir psicológicamente por sí mismo, sino como un ser integrado o estructurado por un medio que posibilita su existencia, que en este caso sería el libro y el autor. Don Quijote, a pesar de que no exista psicológicamente por sí mismo, tiene la

capacidad de afectar nuestro mundo. Y es que, la ficción no se construye de manera arbitraria y sin ningún objetivo, como afirma José Saer:

no se escriben ficciones para eludir, por inmadurez o irresponsabilidad, los rigores que exige el tratamiento de la “verdad”, sino justamente para poner en evidencia el carácter complejo de la situación, carácter complejo del que el tratamiento limitado a lo verificable implica una reducción abusiva y un empobrecimiento. Al dar un salto hacia lo inverificable, la ficción multiplica al infinito las posibilidades de tratamiento. No vuelve la espalda a una supuesta realidad objetiva: muy por el contrario, se sumerge en su turbulencia, desdeñando la actitud ingenua que consiste en pretender saber de antemano cómo esa realidad está hecha. No es una claudicación ante tal o cual ética de la verdad, sino la búsqueda de una un poco menos rudimentaria. (Saer, 2014, pág. 11).

Tanto para Maestro como para Souriau, la ficción no puede existir sino por una actividad de la mente o del espíritu pero que simplemente existe de forma estructural. La ficción es una invención humana, que aunque resulte en muchos casos tosca o exagerada, es provista de un sentido interno que le da coherencia y capacidad para trastocar nuestro mundo, ponerlo en crisis y asentar bases para poderlo comprender desde miradas diferentes. La ficción y la realidad se encuentran estrechamente conjugadas en una tensión constante, cuya alteración es mutua.

### **1.1 La mente divina**

Ahora bien, la postura planteada por Maestro, tiene concordancia con la capacidad mental que Berkeley le otorga al hombre. Hay que tener en cuenta que la realidad en el mundo berkeleyano no es un constructo mental del hombre a su deseo, es decir, que no tiene la capacidad de escoger lo que se le presentará a la vista, al oído o demás sentidos; por lo tanto, “las ideas que quedan impresas en ellos [los sentidos] no son criaturas de su voluntad. Tiene que haber, por tanto, alguna otra voluntad o espíritu que se las produce” (Berkeley, 1992, pág. 72).

Si bien Berkeley rechaza la sustancia material y afirma que la realidad se conforma por espíritus e ideas, además de que éstas últimas son producidas por la mente, las ideas del hombre no son enteramente suyas sino impresas en el sentido por Dios; en efecto que las siente como si fueran suyas, pues sus sentidos le expresan la realidad desde un punto de vista relativo y a la vez subjetivo, sin embargo es Dios el que las impone. No por ello se quiere decir que la mente humana es pasiva y que sólo recibe ideas, también las puede producir, pues es un espíritu<sup>1</sup>, sin embargo sólo lo puede hacer en su mente finita y por ende, carecen de operatoriedad, pues “todas nuestras ideas [...] son visiblemente inactivas; nada hay en ellas de poder o actividad. De manera que una idea u objeto de pensamiento no pueden producir o hacer alteración alguna en otro” (Berkeley, 1992, pág. 69).

Por otra parte, siguiendo con la capacidad que Berkeley le otorga a la mente divina, las definiciones que nos dan Maestro y Souriau, chocan con su pensamiento, pues la ficción desde sus perspectivas se limita a caracterizar las construcciones mentales del ser humano. El choque sucede cuando el concepto de ficción es llevado al extremo, pues la capacidad de suscitar ideas en la mente de Dios, no se queda únicamente como una construcción estructural o formal en la imaginación, sino que es convertida en operatoria.

Nuestro mundo y nosotros mismos somos una invención de la mente divina, somos una ficción. Dios es el que ordena el mundo y quien le da un sentido objetivo para que el ser humano no yerre a la hora de adquirir conocimiento. A pesar de que el hombre no pueda crear el mundo a su manera (pues el caos sería indudable), sí que tiene la capacidad de crear

---

<sup>1</sup> Para Berkeley el espíritu tiene dos funciones principales: Cuando percibe ideas es denominado entendimiento y cuando produce ideas es denominado voluntad. Hay dos clases de espíritus: El espíritu infinito o Dios que lo percibe y lo produce todo (el mundo corpóreo es producto de su creación); y el espíritu finito o ser humano que percibe de manera limitada en un tiempo y un espacio precisos, además que su producción de ideas sólo se generan en su mente.

en su mente, y desde esta perspectiva estaríamos hablando de ficción de la ficción, en donde la ficción que lo engloba todo sería divina, operatoria, y de la cual nunca podríamos escapar, mientras que la humana sería simplemente estructural.

Así, la realidad no se trataría entonces de una creación divina generada alrededor de seis días y la toma del séptimo día de descanso. Resulta contradictorio afirmar que la realidad es un cúmulo de ideas arrojadas y posteriormente abandonadas mientras Dios descansa. La realidad vista de esa manera es imposible concebirla, pues nadie la podría percibir, “de esto resulta, como una clara consecuencia, que el alma está siempre pensando.” (Berkeley, 1992, pág. 117). La realidad es una ficción en eterna construcción generada por un Dios autoritario. Y en efecto, pues al igual que los personajes y el mundo en un libro, el autor impone sus leyes, las cambia a su gusto, y cuando el personaje siente que se adapta, el autor en un acto de voluntad, todo lo modifica: “No hay nada necesario o esencial, sino que depende enteramente de la voluntad del *espíritu gobernante* [...] según le parece conveniente” (Berkeley, 1992, pág. 122). De ahí que nosotros los personajes de Dios no podamos tener ideas innatas o un conocimiento previo de la realidad, todo debe ser aprendido por el hábito o costumbre, pues el autor de la naturaleza modifica a su gusto las leyes de su creación.

En el mundo berkeleyano, a pesar de que el hombre sepa que es una construcción ficticia, le resulta imposible saber si Dios opera en una realidad alterna a la nuestra, como sí se puede realizar, según Maestro, en el caso de la ficción humana. Si Maestro afirma que la ficción es una construcción mental que carece de operatoriedad en la realidad, sucede que esto en el pensamiento de Berkeley sólo tiene cabida en el mundo humano, no en la sustancia

infinita (Dios), puesto que él es una mente divina capaz de rebasar esos límites y consolidar sus operaciones mentales como una realidad operatoria:

Las ideas impresas en el sentido por el Autor de la Naturaleza son llamadas *cosas reales*, y las que son suscitadas en la imaginación [del ser humano], al ser menos regulares, firmes y constantes, son más propiamente llamadas *ideas o imágenes de cosas* que dichas ideas copian y representan. (Berkeley, 1992, págs. 73 - 74).

Si Berkeley le da una característica de infinita potencia a la mente, es sólo la divina la que opera de tal manera; la impotente mente humana se encuentra limitada por ese ser supremo, de ahí que su manera de actuar sea simplemente adaptándose a las leyes que le impone el creador.

En este sentido, el hombre sería como Don Quijote, pues es un personaje creado por un autor. Ambos se desenvuelven en un plano de realidad suscitado y ordenado según leyes impuestas por un ser superior. Además, si bien es obvio que a Don Quijote se le impone una identidad o un aspecto psicológico (es decir que vive realmente dentro de su mundo, pero no en nuestro plano de realidad), en el hombre, como quedó claro anteriormente, Dios le imprime ideas mentales. Quizá, y esto es pura especulación, nuestra identidad sea prestada por la mente divina, haciendo que nuestras decisiones sean un plan predeterminado por el autor, y que nuestro aspecto psicológico y nuestra libertad, sólo sean nuestras en este plano de realidad y no en el de Dios. Saber esto está fuera de nuestro alcance, al igual que saber si Dios opera en otro plano de realidad al nuestro, y que, como se afirmó anteriormente en la cita de José Saer, nuestra realidad como ficción, exista solamente como una construcción para entender el carácter complejo de la realidad en la que se encuentra Dios.

Tales especulaciones pueden sonar absurdas, sin embargo es la interpretación del mundo berkeleyano que surge desde el concepto de ficción. Si bien Berkeley planteaba que la materia es fuente de errores para el conocimiento humano y que por ello debía eliminarse, Dios no resulta inmune a tal crítica, pues como vemos, también es causa de innumerables dudas y problemas.

## **1.2 Negación de Dios**

Hasta este momento, se podría afirmar que no habría problema con que la realidad y el ser humano sean construcciones ficticias de Dios, pues, aunque disguste al hombre por considerar sus actos y pensamientos predeterminados por un ser superior, sería una lógica imposible de evitar. Sin embargo el problema de este planteamiento surge cuando Berkeley introduce a Dios de una manera rebuscada, con unos argumentos que tienden a la contradicción.

El planteamiento usado por Berkeley para probar la existencia de Dios, se basa en un argumento *a posteriori*, teniendo en cuenta la diferencia entre las ideas de sentido y las ideas de la imaginación.

Berkeley va a denominar ideas a todos los objetos sensibles que conforman la realidad. Los llama de tal manera, porque considera que ellos no existen de manera independiente a la mente, sino todo lo contrario, ellos existen porque son percibidos por un agente activo (Berkeley, 1992, págs. 77-78), y las distingue de dos maneras: las primeras, las ideas de la imaginación, que se caracterizan por ser fruto de la voluntad del hombre, y que por ende, son arbitrarias y poco coherentes con la realidad; y las segundas, las ideas del sentido que son denominadas como las cosas reales, y se caracterizan por ser más fuertes y vivaces que

las ideas de la imaginación, además de tener coherencia, orden y firmeza por estar ligadas a las leyes naturales (Berkeley, 1992, pág. 72).

Con base en esta distinción, Berkeley plantea su argumento para afirmar la existencia de Dios:

Mas cualquiera que sea el poder que yo tenga sobre mis propios pensamientos, descubro que aquellas ideas que han sido de hecho percibidas por el sentido no tienen dependencia semejante de mi voluntad. Cuando a la luz del día abro los ojos, no está en mi poder elegir lo que voy o no voy a ver; tampoco está en mi poder determinar qué objetos en particular se presentarán a mi vista. Y lo mismo puede decirse del oído y de los demás sentidos: las ideas que quedan impresas en ellos no son criaturas de mi voluntad. Tiene que haber, por tanto, alguna otra voluntad o espíritu que las produce. (Berkeley, 1992, pág. 72).

Esa voluntad a la que alude Berkeley es Dios, pues debe ser un espíritu superior al hombre el que suscite la realidad. Debe ser además único, de lo contrario puede pasar como con la mente del ser humano que crea arbitrariamente innumerables ideas con un orden particular, lo cual, en la perspectiva de la realidad, produciría un mundo en caos, sin que exista ningún tipo de orden objetivo.

Ahora bien, como se nota al final de la cita, el argumento usado por el Berkeley para probar la existencia de Dios, es *a posteriori*, es decir, que surge a partir de las ideas de sentido: como no puede ser el hombre el que construye la realidad de manera objetiva, debe ser, por tanto, un ser superior, o sea Dios. Ante esto, surge un problema, y es que, si seguimos las características que plantea el autor sobre el carácter pasivo de las ideas, resulta contradictorio demostrar la existencia de Dios con argumentos *a posteriori*. Miremos esto con más detenimiento.

Según Berkeley, las ideas tienen una causa, son pasivas, y su existencia reside únicamente en ser percibidas, es decir, que no pueden causar nada. En palabras del autor:

Todas nuestras ideas, sensaciones o cosas que percibimos, cualesquiera que sean los nombres por los que las distingamos, son visiblemente inactivas; nada hay en ellas de poder o actividad. De manera que una idea u objeto de pensamiento no puede producir o hacer alteración alguna en otro. [...] Tanto es ello así, que es imposible que una idea haga algo, o, hablando estrictamente, que sea causa de nada. [...] Percibimos una sucesión continua de ideas; algunas nos son suscitadas de nuevo, otras cambian o desaparecen por completo. Hay, por tanto, alguna causa de esas ideas, de la cual éstas dependen, y que las produce y las cambia. (Berkeley, 1992, págs. 69-70).

De esto se desprende, que el hombre lo único que puede conocer, es un cúmulo de cualidades que conforman las ideas u objetos de la realidad. Es decir que el ser perceptor en Berkeley, mantiene una relación epistémica únicamente con sus ideas; si bien se entiende que las ideas tienen una causa, ella resulta imposible ser percatada, pues se encuentra fuera de los límites impuestos al hombre referente a lo que puede conocer. Como se ha dicho, las ideas son pasivas y por lo tanto no pueden ser causa de nada; es así entonces que resulta incongruente que Berkeley afirme que, desde una inferencia a partir de la experiencia (desde las ideas), deba ser Dios el ser que imprima en nosotros las ideas del sentido y el que establezca la existencia objetiva de la realidad. Quizá alguien piense como defensa al planteamiento de Berkeley, en el representacionalismo, o sea, al postulado consistente en que una idea puede representar o tener semejanza con su causante; sin embargo esto no es posible, incluso el mismo Berkeley es crítico de este argumento cuando ya Locke lo había propuesto con la materia, afirmando que las ideas tienen semejanza o que son copias de ese ser objetivo externo a la mente. Berkeley dirá al respecto que “una idea no puede parecerse más que a otra idea” (Berkeley, 1992, pág. 59), lo cual niega el postulado de la representación. Si bien entonces, siguiendo los argumentos que Berkeley da sobre las ideas, y teniendo en cuenta que la vía del representacionalismo es refutada, no es posible inferir la existencia de Dios desde la diferencia de las ideas de la imaginación y las ideas de sentido,



afirmando que estas últimas son causadas por un espíritu superior al hombre; en efecto que las ideas tienen una causa, pero nos es imposible conocerla.

### **1.3 La mente humana**

¿Si bien no podemos saber quién es el agente que causa nuestras ideas, qué es entonces Dios en la obra de Berkeley? Puesto que el hombre todo lo que puede conocer son sus ideas, además, como se afirmó anteriormente, ellas no pueden representar o derivarse de ellas un agente activo, hemos de concluir entonces que Dios no es otra cosa que una idea, y no precisamente una idea de sentido, sino de la imaginación del hombre, que en este caso nos referimos a Berkeley (y afirmo que es de Berkeley, porque a pesar de que el autor recurre a la biblia, le impone también, como se verá más adelante, atributos propios).

Llegado a este punto, con la conclusión consistente en que Dios no es un espíritu infinito encargado de ser la causa de toda la existencia, sino una idea de la imaginación de Berkeley, retomemos el análisis con el concepto de ficción. Anteriormente habíamos mirado la capacidad que Berkeley le da a la capacidad perceptiva de la mente divina, ahora miremos esto con la mente del hombre, desde una posición crítica.

La creación ficticia es una construcción en estricto sentido humana<sup>2</sup> y con una existencia estructural, es decir que carece de existencia operatoria en la realidad. Si miramos esto desde el ejemplo de Don Quijote mencionado anteriormente, aquel personaje se encuentra integrado o estructurado en los planos que le posibilitan su existencia, como pueden ser la literatura, la escultura, la pintura, la música..., sin embargo no puede rebasar ese límite, es

---

<sup>2</sup> Con los planteamientos anteriores se ha argumentado que Dios es una idea, y por lo tanto no puede crear nada. Dios no es causa de nada, sino todo lo contrario, es fruto de la creación humana.

decir que no puede existir psicológicamente por sí mismo, sino bajo esas relaciones de dependencia que le permitan existir.

A pesar de que su existencia se encuentre en los medios mencionados, no quiere decir que no nos afecte, la construcción de obras ficticias se realiza precisamente para que trastoque nuestro mundo y permita construirlo y entenderlo desde enfoques diferentes. Pasa lo mismo, si ponemos otro ejemplo, con las matemáticas, ¿acaso los números existen física o psicológicamente por sí mismos? En efecto que no, ellos existen como una construcción del hombre para poder entender el mundo de una manera lógica. En ambos casos, tanto el de Don Quijote como el de las matemáticas, a pesar de que afecten nuestro plano de la realidad, sabemos que no existen por sí mismos sino como un constructo humano.

Siguiendo esta lógica, resulta absurdo afirmar que Dios existe con independencia del hombre cuando él (Dios) es una construcción humana. No es que nosotros seamos una ficción de Dios y que el mundo se encuentre legislado por sus leyes, sino todo lo contrario, Dios es una ficción del hombre, que en el caso de Berkeley, ha surgido como un ser con la finalidad de dar orden y objetividad al conocimiento, sin embargo, como vemos, resulta muy problemático y contradictorio considerarlo como un ser que existe por sí mismo, cuando sus atributos y aspectos psicológicos son prestados por el hombre, o en este caso, por Berkeley. Y en efecto, porque si bien el dios del cual habla Berkeley es el cristiano, el autor toma cierta distancia y le da atributos propios que se adapten a su pensamiento filosófico, como es el hecho de que se comporta como un ser en eterna meditación, creando la realidad sin ningún momento de descanso.

Si bien se habla de que Dios es una ficción humana, no se rechaza por ello su impacto en nuestra realidad, no vamos a negar que el Dios Berkeleyano ha generado debates en torno al problema de la causa primera de la existencia. Al igual que otras construcciones ficticias como las matemáticas, las obras literarias, etc., han surgido como instrumentos al servicio del hombre para entender, desde múltiples paradigmas, el mundo en el cual existe. El problema aparece cuando una de esas ficciones que plantean una posible solución a las diferentes problemáticas del mundo humano, es forzada a existir como una estructura real con independencia del hombre. En este sentido ya no estaríamos hablando de la ficción como un constructo que pone en constante movimiento la interpretación de la realidad, sino de una evasión de la misma, adulterándola, pues se le implanta como si fuera parte de ella un ser que es de la mente humana. La ficción se convertiría en una irresponsabilidad frente al análisis que la realidad exige.

En este sentido se puede afirmar que el mundo cristiano desarrollado por Berkeley, es una ficción construida por él mismo, el cual tiene un orden interno y se apoya en la estructura de nuestra realidad. El problema surge cuando ese mundo de existencia estructural que existe integrado y limitado ya sea por un libro (la biblia), una pintura, una escultura..., se lo articula a la realidad, de tal manera que opere físicamente en ella, imponiendo sus propias condiciones, y haciendo que su orden de realidad interno se convierta en la única realidad, lo cual resulta absurdo.

A pesar de esta incongruencia que Berkeley comete, su mundo no pierde importancia, sino todo lo contrario, se hace interesante porque, si seguimos la lógica de su pensamiento consistente en que debe ser una mente la que construye la realidad, el papel de creador ya no lo asumiría Dios, sino la única sustancia restante que queda: el hombre.

Es aquí donde Borges aparece con la interpretación que realiza desde su cuento al pensamiento de Berkeley. Existe en su cuento, y de inicio, una crítica a la sustancia divina. Dios no tiene cabida como ser creador. La máxima *ese est percipi* es asumida enteramente por el hombre.

“Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, relata la construcción de un mundo ficticio en extremo idealista, que no es más que una reinterpretación del mundo berkeleyano basándose en la posición filosófica “ser es ser percibido”. En este cuento, Borges asume la tarea de desplazar a Dios como creador, y en su lugar, poner al hombre como el único ser capaz de fundar su mundo.

El rechazo de dios por parte de Borges en la reconstrucción del mundo berkeleyano no es arbitrario, justifica este hecho afirmando que es un espíritu desconocido, que a pesar de sus pretensiones de crear un mundo inmutable y perfecto, resulta absurdo para el hombre vivir sumido en una ilusión. Puesto que la ficción obedece a unas leyes internas que posibilitan su articulación con la realidad para no caer en absurdos o contradicciones, Borges realiza una crítica a Dios o la sustancia espiritual infinita.

Tlön es un planeta en donde el idealismo filosófico de Berkeley es visto como el sentido común. El materialismo, por lo tanto, es considerado como una herejía, pues no existe la noción de cosa en sí misma e independiente de una mente, todo debe girar en torno a la percepción. Aunque a diferencia de la filosofía de Berkeley, en la que se asume a Dios como la sustancia espiritual que da orden al mundo, además de resolver los problemas del conocimiento humano, Borges toma la vía de la inquietud, de un mundo sin Dios en donde es el mismo hombre quien debe construirlo.

Afirma Borges en su cuento, desde una posición humeana: “Hume notó para siempre que los argumentos de Berkeley no admitían la menor réplica y no causaban la menor convicción” (Borges, 1956, pág. 6). Y en efecto, si lo vemos primero por el lado en que su doctrina no causa la menor réplica, el mundo que Berkeley construye es un mundo ordenado, inmutable, libre del menor comentario crítico, pues todo lo soluciona con Dios. Ante el problema central de la época moderna, que planteaba la pregunta de “¿Qué es lo que se puede conocer?”, y ante la respuesta de muchos de los pensadores que no lograron solucionarlo (o aún peor, que llegaron a concluir que nada es cognoscible, puesto que nuestra mente y sentidos son limitados), Berkeley sí lo soluciona y lo hace a través de Dios, poniéndolo como eje central del conocimiento. Es él quien crea la realidad cognoscible y nos la hace llegar a nuestro entendimiento sin ningún mediador, la imprime directamente en nuestras mentes, todo lo contrario en Locke que se da a través de la materia. Por consiguiente que todo pueda ser conocido de manera inmediata por los sentidos. Berkeley crea un mundo en donde no existen las apariencias, todo lo percibido es real, y puesto que Dios es la sustancia que soporta y da existencia al mundo, su existencia también es percata por la mente humana.

El mundo berkeleyano es perfecto, Dios le da solución a todo problema existente, de ahí que los argumentos que plantea el autor, no puedan ser replicados.

Ahora, por otra parte frente a la poca convicción que provocan los argumentos de Berkeley, esto se genera porque Dios se convierte en una solución demasiado rebuscada en pro de dar orden al mundo<sup>3</sup>. Para Borges, apelar a Dios es apelar al milagro, al socorro de un

---

<sup>3</sup> La finalidad de Berkeley con Dios, no sólo se basa en imponer orden al mundo físico para que el hombre conciba un conocimiento objetivo, sino que también busca ordenar el mundo interno del

enigmático ser omnipotente del cual no se conoce nada (Borges, *Inquisiciones*, 1925, pág. 116). Y en efecto, Berkeley genera inconsistencias y contradicciones cuando argumenta a favor de Dios, en donde se nota que fuerza su cabida. Miremos cómo aparece Dios en su doctrina filosófica.

Cuando Berkeley afirma que las ideas sólo pueden existir en la mente, y puesto que cada ser humano puede percibir esas ideas de una manera completamente diferente y subjetiva, esto le obliga a recurrir a una mente divina que establezca un orden y objetividad en las ideas:

Para mí es evidente [...] que las cosas sensibles no pueden existir de otra manera que en una mente o espíritu. De lo que concluyo, no que no tengan una existencia real, sino que, visto que no dependen de mi pensamiento y que tienen una existencia distinta de ser percibidas por mí, debe haber alguna otra mente en la que existen. Por lo tanto es igual de seguro que existe realmente el mundo sensible como que hay un espíritu omnipresente e infinito que lo contiene y sostiene” (Berkeley, 1996, pág. 107).

Siguiendo este argumento, se deduce que no existe el suficiente conocimiento o capacidad sensitiva como para que el ser humano pueda conocer un ser omnipresente; el autor infiere que existe un espíritu con estas características. Además resulta absurdo que seres de mente finita puedan concebir un ser infinito, sin embargo más adelante se afirma: “... concluyo inmediata y necesariamente la existencia de Dios porque todas las cosas sensibles deben ser percibidas por él” (Berkeley, *Tres diálogos entre Hilas y Filonús*, 1996, pág. 108).

Hay que resaltar que Berkeley no habla de un dios cualquiera sino del Dios cristiano. Ante esto surgen distintas preguntas que el autor no las toma en cuenta, tales como, ¿por qué debe ser el dios cristiano?, o mejor aún, ¿por qué necesariamente un solo dios?, ¿acaso en

---

hombre respecto a su moral y los cánones impuestos por el cristianismo, pues, ante los estudios científicos y filosóficos de Newton y Descartes, la creencia en Dios se encontraba en decadencia.

este enigma no podrían ser múltiples espíritus los cuales cumplirían distintos papeles en la conformación del mundo?

Además si seguimos analizando la vía del Dios cristiano desde esta doctrina filosófica, nos encontraríamos con la problemática de que muchos de sus atributos serían nulos; y en efecto, puesto que las ideas y sensaciones en el hombre no se originan de manera voluntaria, sino gracias a la afectación por parte de un agente externo (Dios) en nuestro cuerpo, todo lo que sentimos como dolor, sufrimiento, felicidad, amor, etc., se construyen gracias a la alteración en partes nerviosas de nuestro cuerpo. Sin embargo Dios no tiene tal cosa como un cuerpo, para Berkeley,

Dios es un espíritu puro, libre de una tal simpatía o de vínculos naturales. Ningún movimiento corporal está acompañado de las sensaciones de dolor o placer en su mente. Conocer todo lo conocible es ciertamente una perfección; pero soportar, sufrir o sentir algo a través de los sentidos es una imperfección.<sup>4</sup> (Berkeley, Tres diálogos entre Hylas y Filonús, 1996, pág. 151).

¿Qué pasa entonces con los atributos de amor, justicia y benevolencia que la religión cristiana le atribuye? Dejan de pertenecerle, Dios es convertido en un ser que no le importa en absoluto el ser humano. Ni sus plegarias, ni sus pecados, ni siquiera el sufrimiento que el hombre siente, le importan a este dios insensible. Por consiguiente, el espíritu infinito de esta doctrina considerado cristiano, va en contra de los principios que su misma religión profesa.

Los problemas a este respecto son múltiples, Borges es consciente de ello y por tal motivo Tlön, el planeta de su invención, lo construye sin dios. Y no lo hace sin especificarlo, su

---

<sup>4</sup> Aquí surge una contradicción con el principal objetivo que plantea Berkeley, consistente en que Dios es un vigilante constante de las acciones y pensamientos del hombre, ejerciendo temor para que el hombre no se desvíe del camino de la virtud (Berkeley, 1992, pág. 157). Si Dios no tiene ninguna simpatía con el hombre, entonces no va a juzgarlo ni castigarlo a pesar de que sus acciones sean pecaminosas.

intención es evidente, mostrando de manera irónica que Berkeley estaba equivocado al insertar un espíritu desconocido. Dice Borges: “La obra no pactará con el impostor Jesucristo. [El inventor] descrea de Dios, pero quiere demostrar al Dios no existente que los hombres mortales son capaces de concebir un mundo.” (Borges, Ficciones, 1956, pág. 11). Y más adelante dice cuando se refiere al ordenado e inmutable mundo berkeleyano: “Inútil responder que la realidad también está ordenada. Quizá lo esté, pero de acuerdo a leyes divinas —traduzco: a leyes inhumanas— que no acabamos nunca de percibir. Tlön será un laberinto, pero es un laberinto urdido por hombres, un laberinto destinado a que lo descifren los hombres.” (Borges, Ficciones, 1956, pág. 12).

El mundo que Borges propone no es inmutable y regido por un ser de igual característica; es humano, por lo tanto cambiante, mantiene un orden interno que muta de acuerdo a los hábitos que el hombre desarrolla; su orden depende enteramente de él. La ficción como capacidad de invención es clave para construir el mundo, Borges entiende esto por Berkeley, aunque dejando de lado a Dios, la sentencia “Ser es ser percibido”, pone al hombre en el centro del mundo como un ser capaz de construirlo por sus propias capacidades.



## 2. El mundo berkeleyano sin Dios desde el cuento *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*

Antes de desarrollar la temática de este apartado, se realizará un breve resumen del cuento.

El relato se desarrolla durante una conversación entre Jorge Luis Borges y Bioy Casares, que mientras están sumidos en una discusión, sienten incomodidad por la presencia de un espejo que los acecha. Al respecto Bioy Casares parafrasea a uno de los heresiarcas del país de Uqbar: “Los espejos y la cópula son abominables, porque multiplican el número de los hombres” (Borges, 1956, pág. 4). Tal sentencia, según Casares, se encontraba en un artículo tomado de una copia de la reimpresión de la décima *Encyclopaedia Britannica*, que habla sobre un enigmático país llamado Uqbar. Si bien la figura del espejo les resulta curiosa, lo es más aquel misterioso país del que nunca habían escuchado. Ante esto, realizan una investigación sobre dicha región. Encuentran en el artículo, además de información general sobre su cultura y geografía, que su literatura es fantástica, refiriéndose siempre a un planeta imaginario denominado Tlön. Ante la escasa información que el artículo brinda, además de la nula evidencia, incluso de mapas y libros geográficos, sobre aquel país, el narrador (que es el mismo Borges), pasa dos años en su búsqueda, hasta que por fin en un hotel, encuentra una enciclopedia titulada *A first Encyclopaedia of Tlön. Vol. XI. Hlaer to Jangr*, en la que aparecía en primera página el nombre de Orbis Tertius. Dada su lectura, se entera que aquel planeta (inventado por los habitantes de Uqbar), se rige por unas leyes idealistas tomadas de la doctrina filosófica de George Berkeley; así por ejemplo, el materialismo es considerado como una herejía, además de la convicción por parte de los habitantes de aquel planeta, que la realidad es un producto de procesos mentales.

En la posdata del cuento, el misterio que encierra Tlön es develado. El narrador cuenta que alrededor del siglo XVII, una sociedad secreta (en la cual, uno de sus afiliados era

Berkeley), se dedicó primero a inventar un país, y posteriormente un planeta. La posdata revela que la finalidad de la sociedad secreta es exhibir un mundo inventado con cierta articulación al mundo real, para darle orden a éste último desde leyes enteramente humanas y no divinas-inexplicables: “La realidad cedió en más de un punto. Lo cierto es que anhelaba ceder. [...] ¿Cómo no someterse a Tlön, a la minuciosa y vasta evidencia de un planeta ordenado?” (Borges, Ficciones, 1956). Tal obra sería gradual, *Orbis Tertius* se convertiría en una primera revisión del mundo ficticio escrita en lengua del mundo real. Aquella primera revisión sería un puente para las próximas ediciones que serían escritas en el idioma de Tlön, y que en aquel punto, el mundo real cedería totalmente y se convertiría en Tlön.

Así, siguiendo al comentarista Jon Stewart, la obra de aquel mundo imaginario se realizaría de forma gradual, específicamente en tres etapas:

El punto de este ciclo es la creación de un mundo a partir de la imaginación humana. Cada etapa incrementa la grandeza de la empresa. Primero un país ficticio es descrito en un corto artículo de enciclopedia, luego un planeta ficticio en una enciclopedia completa, y luego un planeta ficticio en una enciclopedia aún más elaborada en el lenguaje ficticio del planeta ficticio. (Stewart, 1996, pág. 71).

Ahora bien, a simple vista se podría afirmar que Borges, al realizar este cuento basándose en el pensamiento filosófico de Berkeley, pretende defender el idealismo o inmaterialismo de su doctrina, sin embargo sucede todo lo contrario, la finalidad de Borges es demostrar que tal planteamiento pondría en caos tanto el mundo real como la adquisición de conocimiento objetivo.

En efecto, la pretensión del cuento no se limita a un entretenimiento intelectual de llevar a la narración literaria un ensayo de filosofía. Borges es consciente de que la realización de la ficción no se hace de manera irresponsable, como si se tratara de incluir arbitrariamente,

cualquier idea que pase por su mente. Todo lo contrario. Aplica en su cuento el rigor necesario para dar cuenta del orden interno que guarda el pensamiento idealista de Berkeley y posteriormente examinar si tiende o no a contradicciones.

Borges, según algunos estudiosos del autor, aplica en *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*, como también en otros de sus cuentos filosóficos, el método de la *reductio ad absurdum*, consistente, análogo a la metodología dialéctica de Hegel, en que una tesis planteada es analizada en su estructura interna hasta que el orden de sus argumentos, como la derivación de sus conclusiones, caen en contradicción (Stewart, 1996). Aunque, si bien Borges pretende refutar el idealismo de Berkeley, no lo hace, como algunos comentaristas afirman, basándose enteramente en la doctrina filosófica de aquel pensador. Sería absurdo y falta de rigor pretender afirmar que Borges entiende por Berkeley que el hombre pueda crear en la realidad un objeto de la nada, como sí sucede en Tlön. Borges no lleva a la literatura el pensamiento de Berkeley como si se tratara de una copia; lo que sí realiza es una reinterpretación teniendo en cuenta que Dios no tiene cabida. Aunque tal apreciación en la primera y segunda parte del cuento es tácita, en la posdata es expuesta de manera evidente, Dios es desplazado y la creación de la realidad es encargada al hombre, por ello Tlön es considerado como la “Obra Mayor de los Hombres” (Borges, 1956, pág. 12). Se trata en otras palabras de narrar un cuento tratando de responder a las siguientes preguntas: ¿qué pasaría si al ordenado mundo berkeleyano se le quita Dios?, ¿el hombre sería capaz de crear y dar orden a la realidad?

La *reductio ad absurdum* al idealismo de Berkeley por parte de Borges, en efecto que es llevada a cabo, pero con la precisión de que no se analizará su pensamiento en sentido

original, sino con el rechazo de la sustancia espiritual infinita y la necesidad de que el orden y creación de la realidad queden relegados al hombre.

Así, negada la existencia de Dios, una de las consecuencias más evidentes, consiste en la pérdida de objetividad tanto de los objetos del mundo real como del conocimiento científico. El subjetivismo se convertiría en el eje central del mundo y sería la lógica cotidiana aceptada por sus habitantes. Y en efecto, puesto que Berkeley había afirmado que la objetividad de las cosas del mundo surge gracias a la percepción constante de Dios, cuando se anula aquella mente eterna, los objetos pierden su existencia en el momento en que algún espíritu no los esté percibiendo; su existencia no sería constante sino intermitente, y no necesariamente igual, pues cada espíritu les daría características particulares de acuerdo a su percepción. Borges hace notar este aspecto, al menos en dos momentos. El primer momento sucede con la paradoja de las nueve monedas:

El martes, X atraviesa un camino desierto y pierde nueve monedas de cobre. El jueves, Y encuentra en el camino cuatro monedas, algo herrumbradas por la lluvia del miércoles. El viernes, Z descubre tres monedas en el camino. El viernes de mañana, X encuentra dos monedas en el corredor de su casa. El heresiarca quería deducir de esa historia la realidad —*id est* la continuidad— de las nueve monedas recuperadas. Es absurdo (afirmaba) imaginar que cuatro de las monedas no han existido entre el martes y el jueves, tres entre el martes y la tarde del viernes, dos entre el martes y la madrugada del viernes. Es lógico pensar que han existido —siquiera de algún modo secreto, de comprensión vedada a los hombres— en todos los momentos de esos tres plazos. (Borges, 1956, pág. 8).

La conclusión a la que llega la paradoja es absurda y un escándalo para los habitantes de Tlön. Es de suponerse que en nuestra realidad es natural admitir que las monedas continúan existiendo en el momento de ser extraviadas, sin embargo no es así en Tlön, pues el ser de un objeto depende de que alguien lo esté percibiendo, por tanto resulta obvio que las monedas dejan de existir cuando han sido extraviadas. La pregunta lógica que resulta de este suceso sería entonces: ¿Cómo las monedas, si bien son un producto de la mente de

cada individuo, aparecieron en un orden numérico sin que rebasara el total inicial de nueve monedas? La respuesta que Borges ofrece consiste en que aquella anécdota está basada en una falacia verbal, pues los verbos *encontrar* y *perder* presuponen la identidad de las nueve monedas iniciales y finales (Borges, 1956, pág. 8), afirmando que eran las mismas; sin embargo aquello es un error, pues las monedas extraviadas dejaron de existir, nunca aparecieron; las posteriores no fueron encontradas, sino fruto de la mente de otros individuos, es decir que las nueve monedas finales surgieron en aquel orden numérico por diferentes razones: la primera y la más obvia por parte de habitantes contradictorios de aquella anécdota, por voluntad del heresiarca para demostrar su hipótesis; la segunda y tercera si seguimos el orden interno de Tlön, por una necesidad inmediata de los individuos que las produjeron, o por simple casualidad, pues si lo vemos desde la perspectiva de este planeta, todo es posible.

Y en efecto, pasando al segundo momento, los objetos sufrirían incluso una duplicación: “No es infrecuente, en las regiones más antiguas de Tlön, la duplicación de objetos perdidos. Dos personas buscan un lápiz; la primera lo encuentra y no dice nada; la segunda encuentra un segundo lápiz no menos real, pero más ajustado a su expectativa. Esos objetos secundarios se llaman *hrönir*” (Borges, 1956, pág. 9).

El subjetivismo es la norma esencial que gobierna este mundo. Puesto que la realidad es creada por el pensamiento humano, las personas encuentran lo que necesitan, lo que esperan encontrar, y no hay nada que lo impida, pues no existen unas leyes universales que establezcan un orden o límite que restrinjan la voluntad de la mente humana. Las cosas son creadas innumerables veces, son duplicadas e incluso borradas para siempre, y esto se debe

a que la capacidad de la mente humana es finita. De esto se puede deducir que el orden imperante en esta realidad es el hábito y el olvido. Todo depende del hombre.

### **2.1 Necesidad de elementos *a priori* para la objetividad del conocimiento**

Ahora bien, si miramos con más detenimiento el aspecto subjetivo que el hombre plantea en el mundo, nos daremos cuenta que la intermitencia de los objetos respecto a su existencia es crucial para que la realidad funcione ordenadamente y no de una manera caótica. Y en efecto, más allá de las cosas, lo que también se afecta de manera subjetiva serían las dos propiedades físicas presentes en la naturaleza, el espacio y el tiempo.

Si vemos esto más detalladamente con Kant, fuerte crítico del idealismo Berkeleyano, el autor nos presenta en su *Crítica de la Razón Pura*, ciertos elementos necesarios que se deben encontrar en nuestra mente para poder tener una experiencia y un conocimiento objetivos. En su *Estética trascendental*, estudia la facultad cognitiva de sensibilidad, y es en este apartado en donde Kant presenta las dos estructuras *a priori*: el espacio y el tiempo, denominadas como “formas de la intuición sensible”. Puesto que aquellas facultades de la intuición no son dadas por la experiencia sino que vienen incorporadas en el sujeto desde su nacimiento, se estructuran como las formas generales y objetivas de la intuición sensible por las cuales somos capaces de percibir los objetos reales. Para Kant es imposible determinar un objeto que se encuentre fuera del espacio y el tiempo, además, para que resulte una experiencia objetiva, aquellas formas de la intuición sensible deben ser *a priori*; no pueden venir de la experiencia, sino todo lo contrario, la experiencia depende de ellas. Si no fueran *a priori*, sería imposible establecer la objetividad, pues se convierten en formas subjetivas con cualidades particulares aportadas por cada individuo.

Es precisamente esto último lo que sucede en el pensamiento de Berkeley. Si lo miramos primero con el tiempo, el autor nos dice que éste surge abstraído de la sucesión de ideas en la mente, lo cual no es más que decir que el tiempo como una noción externa, universal y objetiva para todo espíritu, no existe:

El tiempo no es nada si se lo abstrae de la sucesión de ideas en nuestras mentes, de ello se sigue que la duración de un espíritu finito debe estimarse por el número de ideas o acciones que se suceden en ese mismo espíritu o mente. (Berkeley, 1992, págs. 116-117)

El tiempo se torna relativo, pues depende de la sucesión de ideas particulares que cada individuo experimenta. Se podría afirmar incluso, más allá de que se nos presente de manera más rápida o lenta para cada uno, que surja una fractura frente a hechos históricos y nociones externas de verdad.

En efecto, si volvemos con el cuento de Borges, se nos ejemplifica en Tlön una realidad con dichas características sobre el tiempo. Aquella inestabilidad es señalada en diferentes momentos, por ejemplo, si regresamos a los objetos duplicados llamados *hrönir*, Borges plantea un experimento arqueológico que se llevó a cabo con unos presos:

El director de una de las cárceles del estado comunicó a los presos que en el antiguo lecho de un río había ciertos sepulcros y prometió la libertad a quienes trajeran un hallazgo importante. [...] Ese primer intento probó que la esperanza y la avidez pueden inhibir; una semana de trabajo con la pala y el pico no logró exhumar otro *hrön* que una rueda herrumbrada, de fecha posterior al experimento. (Borges, 1956, págs. 9-10)

Si nos detenemos en la línea final de la cita, se nota de manera sutil que surge una incongruencia, pues la palabra “posterior” nos hace entender que la rueda herrumbrada no ha estado ahí antes de que se realizara el experimento, sino que viene del futuro, lo cual es absurdo. A pesar de que nos resulte incongruente, en Tlön es una situación cotidiana, y que debe ser así, pues es el orden natural de las leyes subjetivas. Lo que Borges nos plantea de una manera ingeniosa, es que a pesar de que Berkeley afirme que todo debe depender de la

mente para que exista orden en la realidad y seguridad en el conocimiento, lo cierto es que sucede todo lo contrario, pues la realidad se convierte en un caos donde nada puede existir de manera objetiva.

En otro ejemplo respecto al tiempo, Borges realiza una mezcla de ficción y realidad, unidas de tal manera que resulta difícil distinguir las. El cuento, incluida la posdata, fue publicado en mayo de 1940 (Borges, 1956, pág. 10), sin embargo la posdata está fechada con el año de 1947, lo que quiere decir que fue publicada siete años antes de ser escrita. En ella introduce, además, diferentes sucesos posteriores a la fecha de publicación, por ejemplo que en 1942 aparecieron los primeros objetos del mundo ficticio en el mundo real, o que en 1944 se descubrieron los cuarenta volúmenes de la primera enciclopedia de Tlön. Aquí Borges no sólo narra un mundo con leyes filosóficas del idealismo subjetivo de Berkeley, sino que nos introduce en él de manera imperceptible con la finalidad de entender su lógica interna y la confusión a la que nos puede llevar. El lector al percatarse de las fechas queda confundido y no sabe distinguir si son propiamente del cuento o del mundo real; el lector se convierte en una persona inmersa en el mundo de Tlön.

Nos podemos percatar que en Tlön el tiempo es asumido, no como algo externo, único e igual para todos, sino como una propiedad a considerar desde múltiples perspectivas y que todas ellas son verdaderas. El tiempo (paradójicamente), considerado desde la subjetividad, es incluso negado: “una de las escuelas de Tlön llega a negar el tiempo: razona que el presente es indefinido, que el futuro no tiene realidad sino como esperanza presente, que el pasado no tiene realidad sino como recuerdo presente.” (Borges, Ficciones, 1956, pág. 8).



Tanto Borges como Kant, nos demuestran que el tiempo asumido desde la subjetividad, conlleva a una realidad caótica, en la que la experiencia y el conocimiento objetivos serían imposibles. En este sentido se podría asumir que lo mismo sucede con el espacio, puesto que también es una forma de la intuición sensible. Recordemos en un primero momento la consideración que Berkeley tiene sobre él.

El autor nos explica “que el espacio no puede existir fuera de la mente” (Berkeley, 1992, pág. 129), y que además se encuentra ligado al movimiento de un cuerpo, por lo tanto sería impensable que pueda existir de forma única e igual para todos:

Cuando yo suscito un movimiento en alguna parte de mi cuerpo y ese movimiento no encuentra resistencia y es libre, digo que hay *espacio*; pero si noto que hay resistencia al movimiento digo que hay *cuerpo*. Y según la resistencia al movimiento sea mayor o menor, digo que el espacio es más o menos *puro*. De manera que cuando hablo de un espacio puro o vacío, no debe suponerse que la palabra *espacio* se corresponde con una idea separada de un cuerpo en movimiento o concebible sin éste. (Berkeley, 1992, pág. 129).

Si volvemos con Borges, la anterior concepción no se diferencia en absoluto con la que se plantea en Tlön:

La geometría de Tlön comprende dos disciplinas algo distintas: la visual y la táctil. La última corresponde a la nuestra y la subordinan a la primera. La base de la geometría visual es la superficie, no el punto. Esta geometría desconoce las paralelas y declara que el hombre que se desplaza modifica las formas que lo circundan. (Borges, 1956, pág. 9).

En este sentido, el espacio es considerado de forma subjetiva gracias a que depende del movimiento del cuerpo de un individuo. Incluso si el cuerpo es aniquilado, entonces el espacio también dejaría de existir. Dado esto, el espacio es modificado constantemente, haciendo que los objetos cambien innumerables veces de posición, que se dupliquen, o que se aniquilen y vuelvan a aparecer tantas veces como la mente humana lo vea necesario. Como consecuencia de esto, los habitantes de Tlön pueden construir la realidad como les plazca, generando contradicciones y un mundo sumido en caos.

Nuevamente Kant nos reitera que para una experiencia objetiva, tanto el tiempo como el espacio deben ser únicos. Sin estas formas de la intuición sensible con carácter general es imposible fundar una ciencia que nos aporte conocimiento objetivo y necesario.

Por otra parte, si nos vamos por la vía del conocimiento, Kant nos dice que aquel sólo puede existir como conjunción entre dos facultades cognitivas, la sensibilidad y el entendimiento. Si en la *Estética trascendental* estudia la facultad cognitiva de la sensibilidad en donde fueron presentados los objetos de una manera objetiva, en la *Analítica trascendental* estudia el entendimiento, en el cual las categorías son planteadas con el fin de pensar los objetos ya expuestos por el espacio y el tiempo. Hay que tener en cuenta que estas categorías no son externas sino que le pertenecen al sujeto; son *a priori* o independientes de la experiencia, y deben serlo, pues de lo contrario serían subjetivas y sería imposible fundar ciencia.

Miremos por ejemplo una de las categorías *a priori* que plantea Kant y que Berkeley rechaza. La *causalidad* para Kant es necesaria, pues la realidad para que sea ordenada y coherente, debe estructurarse a través de unas leyes generales que brinden seguridad a la hora de fundar conocimiento científico. En ese sentido la relación de causa y efecto, como un suceso natural o ley universal, debe ser necesaria.

¿Qué sucedería entonces si la causalidad fuera negada? Para Berkeley la relación de causa y efecto no puede existir, pues “no hay más causa eficiente que el *espíritu*, ya que es evidente que el movimiento, igual que todas las demás *ideas*, es totalmente inerte”. Es decir que la relación entre ideas no implica causa-efecto, sino una asociación realizada por voluntad del espíritu, en la cual las ideas son inactivas y que por lo tanto no pueden causar nada. Un

ejemplo al respecto lo plantea Borges en su cuento: “La percepción de una humareda en el horizonte y después del campo incendiado y después del cigarro a medio apagar que produjo la quemazón es considerada un ejemplo de asociación de ideas.” (Borges, 1956, pág. 7). No existe ningún tipo de articulación entre los fenómenos sino que actúan de manera independiente, y que, como tal, todo puede ser posible, pues no hay ninguna ley de necesidad que imponga un orden externo a la voluntad del hombre. La realidad aquí planteada es convertida en una serie inconexa de situaciones independientes sin que exista relación alguna, por lo tanto la objetividad sería impensable.

Si Berkeley nos habla de que uno de los propósitos de su filosofía, consiste en dar solución a los problemas del conocimiento, eliminando la materia y haciendo de la mente el eje central de la realidad, lo cierto que su inmaterialismo, como lo vemos con Kant y Borges, nos conduciría a un mundo sumido en el caos. Y en efecto, sin la conjunción de la experiencia sensible objetiva y sin las categorías puras del entendimiento, el conocimiento es imposible. “Este monismo o idealismo total invalida la ciencia. [...] Todo estado mental es irreductible: el mero hecho de nombrar *–id est*, de clasificarlo– importa un falso. De ello cabría deducir que no hay ciencias en Tlön –ni siquiera razonamientos.” (Borges, 1956, pág. 7).

Aunque a primera vista el mundo berkeleyando parezca ordenado y lógico, cuando Borges lo lleva al plano de la ficción y se sumerge en esa realidad, revela el caos que puede desenvolverse al asumir la mente como creadora de la realidad. Borges demuestra que los argumentos berkeleyanos llevan consigo una contradicción, pues aniquilan una realidad coherente y objetiva. Si en un inicio Berkeley defendía el conocimiento objetivo a través de la existencia de Dios, su refutación desmorona el planteamiento más importante de su

filosofía consistente en que existir es ser percibido. Sin Dios, el planteamiento de una realidad tejida por relaciones fijas y necesarias, resulta imposible, pues como se ha analizado, la mente humana produce caos. Tlön es un mundo caótico construido por innumerables mentes particulares, y aunque Borges afirme que éste es un planeta ordenado (Borges, 1956, pág. 12), lo dice de una manera irónica pues bien se ha mirado la confusión y el desorden que Tlön representa.

Es aquí donde la *reductio ad absurdum* por parte de Borges es completada y nos demuestra que la hipótesis de un mundo regido por la mente humana es imposible de sostener por su nula objetividad e incapacidad de fundar ciencia. Si bien Borges no utiliza los planteamientos kantianos conscientemente, de alguna manera nos los hace evidentes para demostrar que la mente humana no es incapaz crear la realidad.

### **3. La ficción y la realidad producto de la mente humana**

Como se miró anteriormente, negada la sustancia espiritual infinita, la realidad deja de ser una ficción inventada por la mente de un único ser; el hombre toma una postura total sobre la creación, y puesto que ella es fruto de su imaginación, la realidad se convierte en una ficción diseñada caóticamente por múltiples mentes.

Siguiendo esta lógica, desde el concepto de ficción también surge una contradicción. Se había dicho anteriormente que la ficción es la construcción de una realidad alterna, incapaz de operar por sí misma en nuestro mundo real, y que su función es poner en cuestión la realidad y tratar de comprenderla, no sólo desde tratamientos verificables (la ciencia), sino también con invenciones humanas (la ficción). La ficción es incapaz de transformar el mundo real, mucho menos de crear uno; ella sirve únicamente para comprender desde una posición alterna, la realidad en que vivimos.

Además, es imposible que desde la ficción el hombre pueda dar un orden mínimo a la realidad, pues si bien la ficción a pesar de que en efecto tenga un orden interno que lo da el hombre (por ejemplo un libro de literatura), la realidad berkeleyana no es creada por uno solo, sino por múltiples mentes, el orden variaría de una a otra, haciendo que la realidad en su sentido general no tenga ningún tipo de coherencia. Este inconveniente, Berkeley lo soluciona con Dios, pues sería la única mente creadora de la realidad, sin embargo como hemos mirado, él es fruto de la invención humana y no puede operar en nuestro mundo, por lo tanto si ni Dios ni el hombre puede crear y dar orden al mundo, el idealismo o inmaterialismo de Berkeley cae por sus propios argumentos.

Por otra parte, puesto que se han utilizado algunos argumentos kantianos para la refutación del idealismo berkeleyano, se podría decir, que si bien el mundo ficticio creado por la mente humana resulta absurdo por su carácter subjetivo y caótico, entonces ¿no sería una contradicción refutar la realidad creada por la mente humana, aplicando los estudios kantianos de *las formas de la intuición sensible* y *las categorías del entendimiento*, cuando aquellas son también estructuras propuestas precisamente por la mente humana?

La respuesta es que no es una contradicción, pues hay una diferencia radical entre la realidad de Berkeley y la de Kant, y es que para Berkeley su construcción se da gracias a la voluntad de la mente, es decir que lo que quiero puede ser real sólo con desearlo sin importar que produzca caos; sin embargo en Kant, las estructuras *a priori* no son de la voluntad del hombre, sino que han sido impuestas; no son fruto de su imaginación y por tanto no son una ficción. Surgen anterior a la experiencia, por ello son únicas e inmutables y de ellas depende la objetividad en la realidad.

Finalmente, hay que tener en cuenta que la ficción no se comporta en función de lo verdadero ni de lo falso, no busca ser creída en tanto que verdad sino en tanto que ficción, pues ella es una realidad alterna que sirve como tratamiento a la complejidad que nuestro mundo representa. A pesar de la refutación realizada al inmaterialismo de Berkeley, no se va a negar su gran importancia a la comprensión del mundo en el que vivimos. El mundo planteado por Berkeley está impregnado por la ficción, y sin importar que el orden y creación de aquel mundo sea generado por Dios o el hombre, es una realidad que ha aportado al campo filosófico y ha dado bases para estudios posteriores sobre el mundo en que vivimos.

## Conclusiones

Como resultado de lo analizado y comprendido en este texto, acerca del estudio sobre la ficción en Berkeley o la capacidad perceptiva de la mente (tanto en Dios como en el hombre), se puede ratificar, en un sentido general, que Dios es la estrategia argumentativa principal del autor para fundamentar su pensamiento filosófico. Cabe resaltar que la finalidad principal del autor es por un lado, establecer la objetividad en el conocimiento, y por otro, reforzar el apego a los valores de la religión cristiana. Claramente la refutación de este ser omnipotente, conllevaría a un desplome de la filosofía Berkeleyana; y en efecto, teniendo en cuenta que la existencia de los objetos de la realidad consiste en ser percibidos, sin Dios, todo puede ser posible, haciendo de la realidad un cúmulo de ideas subjetivas.

El argumento por el cual Berkeley prueba la existencia de Dios, es débil y a la vez contradictorio, pues si bien plantea que las ideas se caracterizan por su pasividad, además de no tener otra función que el de ser percibidas, resulta ilógico que de ellas se pueda derivar un espíritu activo y superior al hombre para dar objetividad a la objetos de la realidad. El hombre lo único que puede conocer son sus ideas, y a pesar de que ellas tienen una causa, resulta imposible siquiera imaginarlo, pues su ser rebasa los límites que el hombre tiene al conocer, por lo tanto las ideas de sentido (las cosas objetivas de la realidad), no son producidas por él sino por un agente del cual nada podemos decir. Es así entonces que Dios, no es más que una idea de la imaginación planteada por Berkeley para dar solución al problema del conocimiento.

Dios es una ficción en cuanto que Berkeley lo determina y le da atributos, lo cual, desde la perspectiva pasiva de las ideas, resulta contradictorio, pues estas últimas no pueden siquiera conocer su causante, mucho menos determinarlo. Ahora bien, desde el punto de vista de la

ficción, teniendo en cuenta que ella es definida como una realidad alterna a la nuestra, capaz de impactar, pero no de una manera consciente o psicológicamente por sí misma, lo que Berkeley realiza, es imponer a Dios como un ser real que no sólo crea nuestro mundo sino a nosotros mismos, haciendo de ello, todo lo contrario a lo que la ficción postula, pues la existencia de esta última no es planteada para ser creída como real, sino para dar mayores recursos, desde posiciones distintas a las de nuestro mundo, con el fin de repensar y tratar de comprender el mundo en que vivimos. Por lo tanto, Dios no puede crear nada, ni siquiera puede ser planteado como una posibilidad, pues es obra mental del hombre, y aunque aquel ser se le plasme atributos especiales, no deja de ser un personaje inventado.

De esta manera, negado Dios, el mundo berkeleyano pierde el eje principal que le da sentido. Borges construye dicho mundo sin Dios, demostrando que la capacidad creadora (*ese est percipi*) relegada ahora al hombre, produce un mundo caótico en donde todos tienen la facultad de plantear un orden, que a pesar de ser subjetivo, es real, pues todo es posible con el hecho de ser pensado. La reconstrucción narrativa, por parte de Borges, del pensamiento de Berkeley, no sólo demostrará que el mundo construido por la mente humana sería un caos, sino también que son necesarias las condiciones mentales *a priori* kantianas para la objetividad del conocimiento.

Finalmente, hay que tener en cuenta, que a pesar de que Dios como la estrategia argumentativa principal en Berkeley es refutada, no por ello su pensamiento deja de tener importancia; todo lo contrario, su obra puede ser vista (y que en efecto lo ha sido), como un gran aporte al debate filosófico en torno al conocimiento o incluso a estudios teológicos, pues su obra, a pesar de ser del siglo XVIII, aún causa un gran impacto en el mundo contemporáneo.



## Referencias

Aristóteles, (1992). *Poética*. Madrid: Gredos.

Berkeley, George, (1992). *Tratado sobre los principios del conocimiento humano*. Madrid (España): Alianza Editorial.

Berkeley, George, (1996). *Tres diálogos entre Hilas y Filonús*. Madrid: Espasa Calpe.

Borges, Jorge Luis, (1925). *Inquisiciones*. Buenos Aires: Editorial Proa.

Borges, Jorge Luis, (1956). *Ficciones*. Buenos Aires: Emecé Editores.

Maestro, Jesús G., (2006). *El concepto de ficción en la literatura*. Pontvedra (España): Mirabel Editorial.

Saer, Juan José, (2014). *El concepto de ficción*. Buenos Aires (Argentina): Seix Barral.

Souriau, Étienne (1998). *Diccionario Akal de estética*. Madrid (España): Akal, S. A.

Stewart, Jon (1996). *Borges y la refutación del idealismo: Un estudio de "Tlon, Uqbar, Orbis Tertius"*. Bogotá: Ideas y Valores.